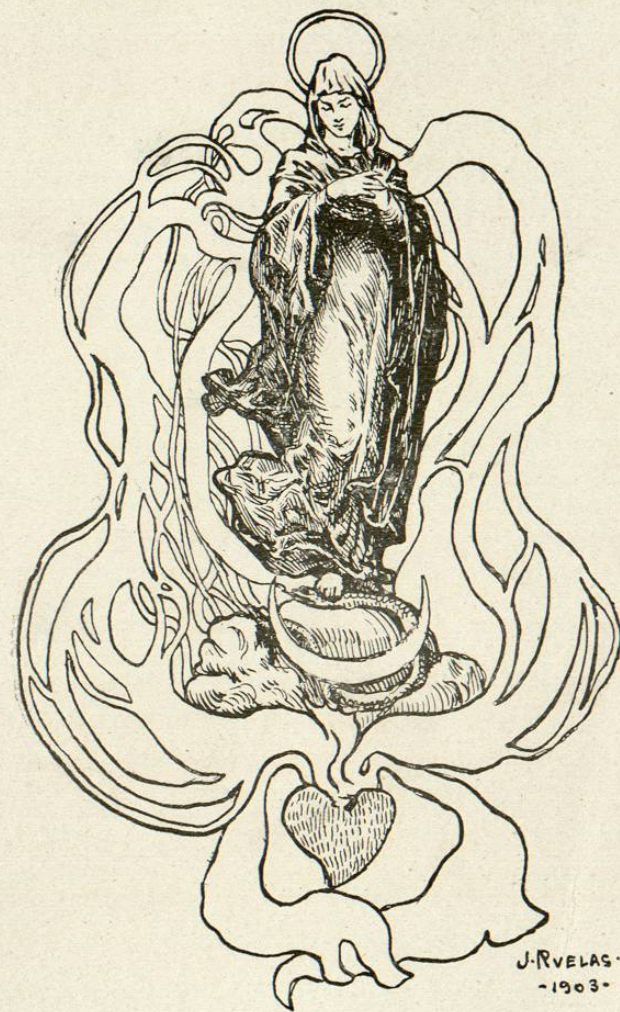


sobre las hondas de la mar rugiente,
sobre las nubes que amontona el viento,
sobre las moles trágicas del Cosmos,
sobre el humano espíritu á quien diste,
¡oh Dios! Señor del cielo y de la tierra,
la Ciencia y el Amor, como dos alas!



LA VOZ DE ELLA.

Virgen, Madre de Dios, en vano imploro
la protección divina de tu hijo;
en vano triste en sus altares lloro,
en su clemencia el pensamiento fijo.

Á ti puedo decirlo de rodillas:
es verdad que le amé, le amo ahora;
y recibe en mis frases las sencillas
confidencias de mi alma pecadora.

Era joven y bello, y era un sabio;
de esfuerzo y de virtud fuente segura,
y yo sellé en su labio con mi labio
una pasión, ¡oh Madre! tierna y pura.

Eran sus ojos como dos luceros,
su boca rico manantial extraño

de elocuencia y de amor; y muy sinceros
sus sentimientos, ¡ay! para mi daño.

Mi belleza le atrajo y le sedujo,
culpa suya no fué, quizás fué mía;
y al viejo paraíso nos condujo
el amor, la ilusión, la fantasía.

Después.... después ¡ha descendido tanto!
Tú le miras, Señora, con tus ojos,
si los míos se nublan con el llanto
que vierto ante tus pies, puesta de hinojos.

Intercede por él, Virgen y Madre,
tú que en la roca del Calvario viste
al Hijo Santo del Divino Padre
agonizar ensangrentado y triste.

Tú que del mal preclara triunfadora,
coronada de luz indeficiente,
ante la turba vil, en grata hora,
con los pies aplastaste la serpiente.

Tú que eres consuelo de afligidos,
y esperanza y refugio en los dolores;
Tú á cuya voz se apagan los gemidos,
y el vil abrojo se convierte en flores.

Tú que el doliente y pesaroso mundo
con tu piedad y tus bondades bañas;
yo te lo ruego en mi dolor profundo,
por el hijo que llevo en mis entrañas! . . .



LA VOZ DE ÉL.

Yo soy como las ondas del Mar Muerto,
raras, muy raras, negras y salobres;
y sangrientos los pies, sin rumbo cierto,
desfilo solo, pobre entre los pobres.
Muy lejana se escucha en el desierto
la triste voz de los sagrados cobres
que llaman á Oración. . . . ¿Hay todavía
quien sepa orar al apagarse el día?

Ah! yo lancé mi última plegaria
—mi última moneda— hace ya tanto!
Si supiera en mi vida solitaria
llamarte aún mi Dios ¡Oh Santo! ¡Santo!
Pero la fe murió, la funeraria
antorcha, en el profundo desencanto,
cuya noche sin luna, sin estrellas,
ennegrece la sangre de mis huellas.

Y si fuera verdad, ¡oh Dios! que existes,
¿por qué triunfa el rencor? ¿por qué la ira
y la ambición y la injusticia vistes
alzarse sin hundirlas en la espira
de la condenación? ¿por qué los tristes
no pueden ya pulsar la recia lira
del profeta, atronando con sus bronces?
¿por qué si existes Tú, triunfan entonces?

No volverán, no volverán las tardes
en que al acento azul de la campana,
en medio de los últimos alardes
del fulgor espectral, se alzaba ufana
como una ave la oración. Ya no ardes
en la zarza divina. . . . La mañana
tampoco tendrá preces, y sus luces
como llanto caerán sobre las cruces. . . .
. . . . Sobre las cruces rotas y sin brazos
que tender al dolor y al desaliento
en los altares, fúnebres pedazos
de nuestro propio corazón. . . . El viento
barrió á tus ojos los deshechos lazos

de la piedad y del amor. . . . Tu aliento
sople, si existes, en el agua inerte,
y sé Dios en la vida y en la muerte!



LA VOZ DE ELLA.

Vuelvo á tu altar, Señor, el mal avanza.
Él, abrasado en sabatino fuego,
no tiene aliento ya, ni yo esperanza,
y en vano gimo en mi dolor, y ruego.

Á tus plantas he puesto mi alma entera
que arde como un cirio en tus altares;
soy, Señor, como nave viajera
sobre la crin revuelta de los mares.

La tempestad me azota y no hay puerto
para mi ansia de paz y de reposo;
busco su noble corazón, y ha muerto,
y en mi vida no hay quietud ni gozo.

Era una alma de luz y ora es obscura
como una noche sin fulgor ni estrellas,

que tu misericordia alumbre pura
la senda que ensangriento con mis huellas.

Alcohólica llama le consume,
sin ambición, sin fe, sin ilusiones;
y en vano va mi amor como un perfume,
á buscarle en los fétidos rincones.

Alza un punto la frente fatigada
cuando á mi lado vuelve soñoliento,
para fundir después como en la nada
el fulgor primordial de su talento.

¿Qué horrible maldición pesa en su vida
que así tu santa mano le abandona?
Sé misericordioso en su caída;
y su falta, Señor, limpia y perdona.

Torna, torna tus ojos á mis penas,
vierte en mi corazón dulzura y calma,
toma en cambio la sangre de mis venas,
todo, todo mi amor, mi vida, mi alma!



ESCENA

I

En rincón solitario de la taberna,
donde la luz se asfixia pálida y fría,

bebe y atiza un viejo su sed eterna
con no sé que espantosa, triste alegría.
Es su mirada torva, pero muy tierna,
ternura de borracho, ternura impía,
que conmueve muy hondo los corazones
y en que giran y bailan las decepciones.

Una noche un amigo me dijo: «Vélo,
tiene el corte siniestro de un asesino.»
Bajo marañas grises de hirsuto pelo
su frente deprimida, color de vino,
se contrajo, y furioso, y hurgando el suelo
con su bastón ferrado de duro encino,
nos contempló un instante con fieros ojos,
como ascuas encendidos, vivos y rojos.

Y quiso hablar sin duda, pero no pudo;
salieron roncros gritos de su garganta
que la embriaguez ataba con fuerte nudo.
Se remueve en su asiento con ansia tanta
que le miro con miedo, trémulo, mudo;
entonces energúmeno se levanta,

se llega hasta nosotros con paso incierto
y cae á nuestras plantas. . . ¡estaba muerto!

II

Después de algunos meses, á la taberna
volvimos, y á la llama pálida, fría,
bebe y atiza un joven su sed eterna,
esparciendo en los ánimos la alegría.

Es su mirada franca, dulce y muy tierna,
ternura de alma nueva, ternura pía,
que conmueve muy hondo los corazones
y en que giran y bailan las ilusiones.

Sin conocerle ambos le saludamos
y me observó mi amigo: «Mírale, el mismo;
no más que como Fausto» «Hola! bebamos,»
nos dijo el joven cliente con voz de abismo;
y al tomar nuestras copas le contemplamos,

mientras él atacaba con heroísmo
la botella de Brandy puesta á su lado,
charlando y apurando regocijado.



Hablaba sacudiendo su negro pelo,
con voz entrecortada, voz de beodo:
«Aquí murió mi padre.... también mi abuelo....
al fin del mismo barro.... del mismo lodo....
en este viejo.... banco.... pegado.... al suelo....
ha muerto.... mi familia.... de alzar.... el codo....»
Y en tanto que esta historia nos refería
yo lloraba y mis lágrimas me bebía.



PIEDAD.....

El que en la aridez asfixiante de la vida,
¡ay! no tiene el perdón como un oasis,

—para todas las faltas, todos los vicios, todos los crímenes; —el que no lleva oculto —en el fondo del alma —un cáliz de piedad y de amor místico, para todas las debilidades, todas las asechanzas, todos los errores, todos los sufrimientos; —el que no sabe verter los ajenos dolores en el vaso sin fondo de la misericordia; —el que ha sellado las fuentes de su llanto —á los que gimen sin esperanzas en la vida; —el que petrifica su corazón con el egoísmo; —el que, Midas macabro, transforma en oro el dolor, la bondad, la resignación y el esfuerzo, —haciendo diamantes de todas, todas las lágrimas, —y rubíes de todas las derramadas gotas de sangre; —el que no sabe sobrellevar la humildad, la pobreza; —el asesino coronado por los éxitos malditos; —el que desarma á la justicia y la infama y la viola; —el que mancha el fecundo amor con la lujuria; —el que inculca los desengaños en las almas vírgenes;

—el que roba tesoros ó creencias ó consuelos á los buenos; —el que no ama el Bien por el Bien solo. . . . —aquél, tú, yo, todos. . . . no están con Dios, desventurado! —Valen menos que Satán el duro, eterno rebelde; —rebelde porque no puede amar y amar ansía. —Un instante de amor! . . . y fuera su eternidad gloriosa. —Mírale llorar bajo el doble cartílago largo de sus alas, —ocultando la bifronte testa sabia entre ellas; —queriendo encontrar dentro de sí mismo, en el abismo de su siniestra alma, alma noche sin astros, —ese secreto inmenso del amor vivo, triunfante, —clavado en las cruces por el delirio un día —y redivivo en los altares por los siglos de los siglos.

En el pálido rostro de Jesús hay muchas lágrimas, —ruedan enrojecidas por la sangre de su cárdena frente, —comprimida en un cerco de espinas bajo leyenda infa-

me. —Oh! cuán silenciosas caen sin cesar,
sobre la roca del corazón humano incon-
movible! . . . —Como caen, oh mi Dios! en
el mío endurecido —y desconsolado para
siempre de todo, hasta de ti mismo!



CÁRMENES